

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Begoña Arteta

“José María Roa Bárcena”

p. 241-256

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)
Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



UNA MIRADA RETROSPECTIVA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

BEGOÑA ARTETA*

Datos biográficos

José María Roa Bárcena nació el 3 de septiembre de 1827 en Jalapa, Veracruz. Sus padres fueron el comerciante José María Roa y Concepción Bárcena Alonso, quienes gozaban de buena posición económica y los que se ocuparon personalmente de su educación, caracterizada por una firme convicción religiosa. La influencia familiar lo llevó a desempeñar labores mercantiles en su ciudad natal y a administrar la Hacienda de la Orduña. Sin embargo, su verdadera vocación fue la literatura; de hecho, fue un autodidacta. Desde muy joven publicó sus primeros trabajos en prosa y en verso, junto con los de Juan Díaz Covarrubias, en un periódico de Jalapa que ellos mismos se encargaban de repartir, alternando, así, sus aficiones literarias con sus quehaceres mercantiles. A los 20 años le tocó ser testigo de la entrada del ejército norteamericano en Jalapa, hecho que le dejaría una profunda huella durante toda su vida; algunos de sus poemas de esta época, entre los que destaca “A Veracruz durante el bombardeo norteamericano”, están relacionados con este suceso.

En 1853 se trasladó a la ciudad de México, en donde conoció a José Joaquín Pesado, con quien mantuvo siempre una estrecha amistad. El frecuentar las tertulias que don Joaquín organizaba le permitió relacionarse con el mundo periodístico y literario de la capital. Y así, su experiencia en los periódicos de Jalapa y sus nuevas amistades le abrieron las puertas de la prensa capitalina, en donde se dio a conocer con poemas de amor y religiosos, además de las traducciones del inglés y francés de autores europeos que publicaba en varios periódicos.

Desde 1855 hasta 1867, Roa vivió casi exclusivamente del periodismo. Además, durante esos años su actividad estuvo ligada al mundo de la cultura y a su definición política. En 1859, por ejemplo, se le nombró vocal propietario de la Junta Inspectora de Teatros. En 1863,

* Universidad Autónoma Metropolitana.

su firma aparece en el “Acta de la Ciudad de México”, entre las de aquellas personas que aceptaban la intervención francesa. En 1865, cuando se fundó la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, a Roa se le nombró socio de número para la clase filológico-literaria de la academia. En 1866 recibió la Orden de Guadalupe.

En esos años se publicaban sus críticas teatrales y literarias, traducciones, poemas, cuentos y artículos de opinión. Al pasar el tiempo y conforme el partido liberal avanzaba en la aprobación de algunas de sus reformas, como la desamortización de los bienes de la Iglesia o la libertad de cultos, Roa se mostraba más abiertamente crítico, en todos los géneros literarios en los que incursionó, defendiendo los valores tradicionales y religiosos del México conservador, en los que manifestaba su desaprobación a las propuestas liberales. Un ejemplo de esto lo encontramos en el cuento “La Quinta Modelo”, que apareció por entregas en el semanario católico *La Cruz* y que firmó con el seudónimo de “Antenor”, el mismo año en el que se promulgó la Constitución de 1857. En este cuento, denuncia el caos al que puede llegar la nación si se aceptan las ideas de los liberales, ejemplificado en la historia de una familia y la administración de su hacienda, en la que el protagonista se olvida de la religión católica y de la familia, e impone nuevas reglas. Es una historia de buenos (los que defienden la tradición) y malos (los que aceptan las nuevas ideas), en una crítica abierta a los liberales que participaron en la Constitución de 1857.

Es en sus artículos periodísticos, especialmente en la época de la Intervención Francesa, en donde encontramos al Roa Bárcena que, con una gran solidez y convencimiento personal, combate y defiende las ideas del grupo que apoyaba la monarquía como la única forma para salvar al país y asegurar la continuidad de un gobierno, debido al fracaso y las revueltas continuas en las que se había sumergido a la nación. Se apoya en muchas ocasiones en la historia para defender su idea de la monarquía, como si ésta fuera parte de la tradición mexicana. Para él, esta forma de gobierno era la que había prevalecido durante la época prehispánica y había sido la adecuada cuando México logró su independencia y sale en defensa el proyecto político iturbidista que, según Roa, podría haber terminado con los problemas por los que atravesaba el país con dos ideologías enfrentadas. Así, por ejemplo, en septiembre de 1865, en el artículo publicado en *La Sociedad*, con motivo de la conmemoración de la consumación de la independencia, dice que el triunfo de Iturbide se debió a que pudo unificar los intereses tanto de los caudillos insurgentes, como los que defendían al virreinato, al sustituir el odio de razas, por la fraternidad común, al obtener la seguridad frente al riesgo de los intereses. Insiste, sobre todo, en que

dicho triunfo se debió a que prefirió la “conservación de la fe y el culto a nuestros antepasados a las innovaciones peligrosas que nos venían allende el Atlántico”; por eso, continúa, “...no debemos limitarnos a suspirar ante sus recuerdos... Estudiemos las verdaderas causas determinantes de su triunfo y apliquemos sus ideas y sus medios a las circunstancias presentes, para salvarnos...”¹

De ser el periodista contestatario del partido conservador en el periódico *La Sociedad* frente a los ataques del periodismo liberal durante la Intervención y los primeros meses de la llegada de Maximiliano, se observa, al transcurrir el tiempo, un cambio en su actitud y el desencanto que sufre respecto al emperador, quien, a su parecer, no cumplió con las expectativas del partido que lo apoyó, al aprobar iniciativas que eran bandera del partido liberal. Para mediados de 1865, se limita, en su sección llamada “Actualidades”, a registrar una fría enumeración de datos. En diciembre de 1866, en uno de los artículos en los que acepta como inminente el fracaso de la Intervención y la crisis en que se encuentra el imperio recientemente fundado, comenta que, de hecho, la política de Maximiliano ha sido muy cercana a la de Juárez, llegando a expresar que:

El país acogió y secundó la intervención y proclamó el Imperio como tablas de salvamento en la borrasca de su anarquía, consignando sus deseos y aspiraciones en las actas populares espontáneamente levantadas en todas partes. Desde los días de la regencia se vio al nuevo orden político tender a la conservación de las causas que determinaron el movimiento nacional de 1863, y ya en diciembre del año siguiente, la situación política, en virtud de los rescriptos imperiales de ese mes y de la marcha toda del Imperio hasta allí, no significaba, en resumen, otra cosa que la adopción de los principios y leyes del Gobierno de Juárez, con la sola exclusión de este personaje y de los actos de violencia que caracterizaron su época. Desde entonces, como lo hicimos notar a tiempo, la bandera imperial dejaba de contraponerse esencialmente a la revolucionaria; los sostenedores de la primera perdieron el brío y la fe, que adquirieron los sostenedores de la segunda.²

Al triunfar la República en 1867, Roa fue condenado a prisión, pena que se le conmutó después de estar recluido durante unos pocos meses en el Convento de la Enseñanza. Una vez en libertad, con su

¹ Francisco de Paula Arrangoiz y Berzábal, *México desde 1808 hasta 1867*, pról. de Martín Quiarte, México, Porrúa, 1968, p. 345-346. *Apud* Luisa Fernanda Rico Mansard, *La idea de la historia en don José María Roa Bárcena*, Tesis de licenciatura, México, UNAM, 1981, p. 235.

² *Ibid.*, p. 347-348.

partido político vencido, la religión católica y sus prerrogativas tan defendidas por él sufriendo los embates del partido liberal, se dedicó a la vida privada y a administrar los bienes de la familia de don José de Teresa, actividad que poco a poco volvió a alternar con sus aficiones literarias, como lo había hecho en sus años de juventud. Terminaba su época de periodista político y combativo, pero no sus intereses culturales.

En 1869 varios poetas, en un movimiento encabezado por Ignacio Manuel Altamirano, decidieron unirse y reactivar los trabajos literarios en México, con la publicación del periódico *El Renacimiento*. En un afán conciliador, en el que cupieran todas las ideologías con el fin de crear una literatura verdaderamente nacional, invitaron a don José María a colaborar con ellos, invitación que fue aceptada por el escritor veracruzano. En 1875 fue socio fundador y tesorero de la Academia de la Lengua correspondiente a la Española y ocupó la silla número X hasta su muerte. De avanzada edad aprendió latín y tradujo algunos pasajes de *Las Geórgicas* y de *La Eneida*. Durante el gobierno de Porfirio Díaz, fue designado consejero del Banco Nacional de México y miembro de la Junta Directiva de la Lotería Nacional. En 1894 colaboró en la *Revista Azul*, fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo.

José María Roa Bárcena murió el 21 de septiembre de 1908, en la ciudad de México, y sus restos fueron enterrados en el Panteón Español.

Roa Bárcena, historiador

El interés por la historia acompañó durante toda su vida a Roa Bárcena, como lo demuestra el que muchos de sus poemas se inspiren en temas históricos. La historia constituyó para Roa una preocupación social y política, que nunca le fue ajena, y encontró en ella una manera de dar cauce a su vocación didáctica: estudiar el pasado, para poder comprender el presente y no cometer los mismos errores. Esta idea la consigna en algunas de sus obras como eje fundamental del conocimiento histórico que desea transmitir y como punto de partida para invitar al lector a la reflexión.

Las obras de Roa Bárcena de carácter exclusivamente histórico son: el *Catecismo elemental de la historia de México, desde su fundación hasta mediados del siglo XIX*, publicado en 1862; el *Ensayo de una historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la conquista de México*, de la misma fecha; *Compendio de historia profana*, editada en 1870, y los *Recuerdos de la invasión norteamericana por un joven de entonces*, publicada en 1883. También se ocupó de escribir varias biografías, entre las que destacan: *Antonio Pérez. Estudios históricos*, en 1855; *Sobre el*

carácter de Cristóbal Colón, del mismo año; *El padre Francisco Junípero Serra y Manuel E. Gorostiza*, publicadas en 1876; *José Joaquín Pesado*, en 1878, y *Vasco Núñez de Balboa*, editada en 1879. Salvo el *Compendio de historia profana*, todas estas obras tratan temas mexicanos.

La época prehispánica le sirve de inspiración para escribir *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa y algunos otros ensayos poéticos*,³ y el *Ensayo de una historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la conquista española*,⁴ ambas publicadas en 1862. El primero recoge una serie de poemas, de los cuales siete están dedicados al mundo indígena, y versan sobre temas épicos como la destrucción de la monarquía tolteca o bien románticos como el casamiento de Nezahualcóyotl. En el segundo libro, Roa se inserta dentro del movimiento romántico y encuentra en el pasado prehispánico un periodo no sólo digno de rescatarse, sino de relevancia fundamental en los orígenes del mexicano. Para escribir el *Ensayo de una historia anecdótica...* el escritor veracruzano se basó en Clavijero, el padre Cavo y principalmente en la obra de Mariano Veytia, de quien copia párrafos enteros o resume ordenadamente distintos capítulos. También hay citas de las obras de Sahagún, Humboldt, Prescott, Stephens y Brasseur de Bourbourg. El libro está escrito en un estilo ligero, en ocasiones muy ameno. Destaca su interés por resaltar el personaje central de cada acción determinante en el acontecer histórico, al que da la tensión literaria necesaria para mantener el interés del lector.

Aunque se ha culpado a los historiadores del grupo conservador de falta de interés y valoración de las culturas prehispánicas, éste no es un juicio exacto en el caso de nuestro autor. Roa reconoce sus méritos en astronomía, agricultura, legislación, educación, así como en las construcciones que dejaron desde Chihuahua hasta Oaxaca, "...que llenan de admiración al viajero, quien al verlas se cree transportado al Egipto",⁵ y también hace destacar que "...la resistencia que opusieron a la conquista demuestra lo alto de su valor y demás virtudes civiles".⁶

Es en el punto de la religión en donde Roa choca con los ritos religiosos de la cultura prehispánica y da a la Conquista un patente sentido providencialista:

³ José María Roa Bárcena, *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa y algunos otros ensayos poéticos*, México, Agustín Masse, 1862.

⁴ José María Roa Bárcena, *Ensayo de una historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la conquista española*, México, Nacional, 1956.

⁵ José María Roa Bárcena, *Catecismo elemental de la historia de México*, México, INBA, SEP, Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1986, p. 21.

⁶ *Ibid.*, p. 20.

en la sustitución de la luz del Evangelio a las tinieblas de gentilismo, y de la Cruz, signo de redención y amor a los ídolos cuyas aras mostraban en la sangre y las entrañas de seres humanos, los más horribles trofeos de la barbarie.⁷

Sin embargo, aclara que a pesar de lo lejos que estaban de la verdad y el bien en el aspecto religioso, en cuanto a lo demás, su civilización llegó a tal grado de adelanto que por eso admiró tanto a los conquistadores, así como a todos aquellos que en ese momento se interesaban en conocer su historia y “estudian los pocos monumentos que se conservan de su grandeza”.⁸ Con gran orgullo del pasado prehispánico, convoca a todos los mexicanos a recuperar ese pasado como propio a través del conocimiento para valorarlo en toda su dimensión, y reconviene a aquellos que:

acuden a la literatura de otros países en busca de instrucción y solaz, bien es que den una ojeada a la propia, que en su ramo de historia contiene bellezas de primer orden a juicio de los más sabios críticos. Los anales de Tula, Texcoco y México en los días precedentes a la conquista española no deben ser desconocidos de los actuales habitantes del Antiguo Anáhuac y antes de estudiar la ascendencia y el origen de pueblos extraños, parece que convendría estar al tanto de todo aquello que dice relación con el nuestro.⁹

El año en el que salieron los dos libros anteriores, 1862, también se publicó el *Catecismo elemental de la historia de México, desde su fundación hasta mediados del siglo XIX*. Fue editado por Andrade y Escalante; Santiago White lo reeditó en 1867. Una tercera edición salió a la luz en 1870. La cuarta apareció corregida y editada por Díaz de León en 1880, la quinta en 1885 y la sexta en 1888. En 1968 apareció en una coedición del Instituto Nacional de Bellas Artes, la Dirección General de Publicaciones y Medios de la Secretaría de Educación Pública, y el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana de la Secretaría de Gobernación.

Es importante señalar que esta obra fue el segundo libro editado como libro de texto, con una clara preocupación por la enseñanza de la historia patria.¹⁰ Esta materia de estudio había sido definida en el programa del grupo liberal y, en un decreto de 1857, la hacía obligatoria

⁷ José María Roa Bárcena, *Ensayo de una historia...*, p. 26.

⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹ *Ibid.*, p. 1-2.

¹⁰ Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1975 (Nueva Serie, 9), p. 78. El primer libro de texto que se publicó fue el de Epitacio de los Ríos, *Compendio de la historia de México*. *Ibid.*, p. 47.

a nivel normal. En 1859, Juárez hacía un llamado para que se publicaran manuales sencillos que pudieran ser utilizados aun por los niños que cursaban la educación primaria.¹¹ Esta preocupación no desapareció a pesar de los tiempos difíciles que se vivían. El libro de Roa Bárcena, publicado en 1862 —y en ello reside su importancia— se adelantó a la inquietud de los liberales que proclamaban la enseñanza de la historia del país como una necesidad indispensable en la formación del nacionalismo. Cabe señalar que el primer libro de texto escrito por un liberal fue el *Compendio de la historia de México* de Manuel Payno, editado en 1870.¹²

Roa dedica el *Catecismo elemental de la historia de México* “...a los padres de familia y a todas las personas que se consagran a las nobles tareas del profesorado”¹³ y tiene la esperanza de que su libro “...pueda ser adaptado con provecho aun en los establecimientos de instrucción secundaria, pues no ha llegado a mí noticia que hasta aquí nuestra historia se enseñe en alguno de ellos”.¹⁴

La preocupación de Roa es que las futuras generaciones puedan guiar con mejores resultados al país,

...ya que los jóvenes en no pocas ocasiones carecen hasta de las más ligeras nociones de la propia (historia); y entran con tal ceguera a la vida política, cuyo norte más seguro, después de la justicia, es el conocimiento de los antecedentes del país en cuya administración se toma parte.¹⁵

El libro está diseñado, como el título de catecismo lo indica, bajo el sistema de preguntas y respuestas. Apunta Roa que para elaborarlo se basó principalmente en Clavijero, Prescott, el padre Cavo, Bustamante, Mora y Alamán. Pide al lector indulgencia por los defectos que pueda tener, dadas las contradicciones que encontró en los autores consultados, a los límites que se circunscribe y “...por ser yo acaso el primero que acomete aquí un ensayo de tan difícil género”.¹⁶

El autor divide la obra en cuatro partes que titula: nociones generales sobre el país, tiempos anteriores a la consumación de la conquista española, México bajo la dominación española y México independiente. El primer tema lo trata con cierta brevedad, en una especie de introducción con nociones generales. El dedicado a la época prehispánica lo inicia con los toltecas y se concentra en el pueblo mexica. El México bajo la dominación española es el más amplio en

¹¹ *Ibid.*, p. 70.

¹² Véase Josefina Vázquez, *op. cit.*, p. 81.

¹³ José María Roa Bárcena, *Catecismo elemental...*, p. 3.

¹⁴ *Ibid.*, p. 70.

¹⁵ *Ibid.*, p. 4.

¹⁶ *Ibid.*, p. 5.

contenido, pero en cuanto a la relación en tiempo, dedica la primera mitad a los tres siglos de Colonia hasta antes del grito de Dolores, y la segunda a los once años de lucha por la Independencia, siendo este tema el que cubre con mayor amplitud. El último sobre el México independiente lo termina con los Tratados de Guadalupe Hidalgo, a pesar de haberlo escrito doce años después de este hecho.

Roa estructura su historia siguiendo, uno por uno, los gobernantes que ha tenido nuestro país, desde el primer rey mexica hasta José Joaquín Herrera. Esta cronología le va a dar pie al cuestionario de las subdivisiones de los tres grandes apartados en los que divide el cuerpo histórico de la obra. Complementan los cuestionarios los acontecimientos más relevantes, anecdóticos y hechos de armas, éstos en algunas ocasiones muy detallados, que sucedieron en las diferentes administraciones gubernamentales.

El *Catecismo* de Roa es una obra medida en sus comentarios. Trata de no comprometerse con sus opiniones personales, aunque no puede dejar de tomar partido veladamente y destacar figuras como la de Iturbide, a quien da mayor relevancia que a las de Hidalgo y Morelos, pero nunca se manifiesta abiertamente a favor o en contra de un acontecimiento. Para él, la Conquista y la Colonia trajeron consigo la religión católica, que fue un bien para la nación; la Independencia fue un proceso normal después de haber alcanzado el país su madurez; la guerra con Estados Unidos, un hecho del que había que aprender para no cometer los mismos errores.

Se tiene la impresión, conociendo la ideología de Roa a través de su obra literaria y periodística, en donde es más explícito, que para él era tan obvio lo que se había hecho bien o mal, que con la sola exposición de los acontecimientos, el lector, en este caso profesores y educandos, llegaría por sí solo a las mismas conclusiones que el autor. Y así, buscando una “imparcialidad histórica”, la verdad caería por su propio peso, y se podrían cumplir los principios de la tesis conservadora, que, como dice Edmundo O’Gorman, consistía en: “Guardar fidelidad a las creencias, valores y estructuras de la Colonia en lo compatible con la independencia, y comunicarles el impulso necesario para alcanzar la prosperidad apetecida.”¹⁷

¹⁷ Edmundo O’Gorman, *México. El trauma de su historia*, México, UNAM, 1977, p. 25.

Recuerdos de la invasión norteamericana

*Recuerdos de la invasión norteamericana por un joven de entonces (1846-1848)*¹⁸ surgió de la colección de artículos sueltos que José María Roa Bárcena publicó en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*, entre los años de 1879 y 1882, con la intención de “consignar sus observaciones e impresiones personales respecto de los pocos sucesos que pudo juzgar por sí mismo en la época referida”.¹⁹ Sin embargo, el tratar de integrarlos en un libro más ambicioso y con un carácter formal lo llevó a ampliar el estudio y a pormenorizar todos los hechos, que van desde el conflicto texano hasta los tratados de Guadalupe.

La obra se publicó en 1883, por la Librería Madrileña de Juan Buxó y Cía. La segunda edición apareció en 1902 en la “Biblioteca de Autores Mexicanos” en los volúmenes 38 y 39, con algunas notas escritas por Victoriano Agüeros. En 1947, a los cien años de la invasión, la Editorial Porrúa la reeditó en tres tomos, con un prólogo de Antonio Castro Leal, en el que se incluyen también las notas de Agüeros. En 1971, la misma editorial reimprimió la edición de 1947. Y la Universidad Veracruzana, en la “Colección Rescate”, publicó la obra en 1982 con un prólogo de Gastón García Cantú.

Aunque Roa se disculpa como historiador y aclara que no aspira a “entrar en la rica heredad cultivada por los Alamán, los Lafuente y los Thiers”,²⁰ trata de subsanar lo que él considera una falta, y dice que es preferible “publicar con todas sus deficiencias, noticias laboriosamente acopiadas y que tal vez ofrezcan interés y utilidad, a dejarlas empolvarse y perderse so pretexto de mejorarlas sabiendo que nadie es dueño del mañana”.²¹ La aspiración es modesta, pero lo cierto es que, con sus *Recuerdos...*, Roa se convierte en un autor imprescindible para el estudio de la guerra con Estados Unidos, y al que ninguno de sus críticos ha dejado de reconocer como un hombre honesto dado el cuidado que tuvo en el manejo de las fuentes de primera mano y la amplia bibliografía que consultó para escribir el libro y la seriedad con la que trató el tema.

Destacan entre los textos consultados para dar cuerpo a su obra los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, el libro más importante sobre este tema escrito por el grupo liberal, *La*

¹⁸ José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana por un joven de entonces (1846-1848)*, México, Porrúa, 1947.

¹⁹ *Ibid.*, t. I, p. 3.

²⁰ *Ibid.*, t. I, p. 4.

²¹ *Loc. cit.*

invasión americana de Manuel Balbotín, *La historia de Estados Unidos* de Spencer y *The War with Mexico* de Ripley. Se basa también en los partes militares de cada uno de los jefes de las distintas batallas, en documentos oficiales, periódicos, informes, instrucciones y memorias, mismos que forman una inmensa lista. Con estas fuentes a la mano, Roa llevó a cabo un estudio comparativo de los mismos hechos vistos tanto por los vencedores, como por los vencidos. Esta metodología le permitió lograr una obra indispensable para el estudio de este aciago momento de nuestra historia. Finalmente, incluyó apéndices documentales que contribuyen a enriquecerla.

En ocasiones, el libro de Roa nos parece un interminable registro de hombres, armas, números de caballos y posiciones de los contendientes, ya que no quiere pasar nada por alto, ni siquiera la situación geográfica ni topográfica: todo debe quedar registrado, todo es importante; de aquí el detalle minucioso de todo lo que aconteció, en donde encontramos al escritor frío, recopilador de todo lo recopilable, en ocasiones denso, aunque sin perder nunca el oficio de buen escritor. Sin embargo, también aparece en la obra el Roa literario, con bellas descripciones y emociones poéticas, que se manifiestan especialmente al describir los lugares que él conoce, y en los capítulos en los que relata sus vivencias. En esta obra se pueden distinguir los episodios que son parte de su memoria, por las descripciones animadas y llenas de colorido que recrea con gran vivacidad. En otros momentos aparece el periodista que reflexiona y lleva a sus lectores al cuestionamiento, y en los que propone su opinión personal de los hechos analizados, con la prudencia y la sinceridad que le dan sus convicciones.

Don José María escribe sus *Recuerdos* 30 años después de finalizada la guerra, porque ve a Estados Unidos y la situación de México con el mismo recelo que cuando era joven, ya que, para él, el país del norte

no sólo es hoy el mismo que entonces, sino que se halla libre del contrapeso que en aquella época pudieran oponerle las esperanzas cifradas en la política europea como protectora de la nacionalidad mexicana, y el temor o, cuando menos, la mesura que la expectativa de la acción del Antiguo Continente en los asuntos del Nuevo inspiraba en los sostenedores del “destino manifiesto”.²²

Por esto, dos son los propósitos que guían a Roa al escribir su libro. Por un lado, y sin duda alguna el más importante, es el que pueda ser de “algún provecho a nuestro México actual”, con un fin eminentemente didáctico, al insistir como lo manifiesta claramente en el último capítulo

²² *Ibid*, t. II, p. 88.

del libro, en el peligro que para él todavía significa Estados Unidos, como una potencia que puede absorber a México, ya no tanto en el sentido de territorialidad, sino en el económico e ideológico. Por otro lado, se propone “rectificar la opinión de sus compatriotas, fijando en lo posible hechos cuyo conocimiento exacto es indudablemente propicio al honor de la República...”²³

Cabe aclarar que Roa, al estudiar la guerra con Estados Unidos, no se da a la tarea de buscar culpables ni de hacer una cacería de brujas, sino que trata de explicar y entender lo sucedido. Es consciente de que errores se cometieron muchos, tantos que la derrota era inevitable, pero lo que es importante para él es dejar constancia de lo sucedido, lo bueno y lo malo, con ese sentido didáctico, y en este caso de advertencia, que nunca lo abandona, ya que

por duras y dolorosas que sean estas verdades, habrá que decir las cuando se escriba la historia de aquellos días y sobre todo habrá que meditarlas para buscar la modificación o la compensación que se deriva, si se quiere evitar en lo futuro, en circunstancias análogas, la repetición de los hechos sufridos.²⁴

Roa Bárcena tenía 21 años cuando los norteamericanos ocuparon su ciudad natal, Jalapa, y es en sus recuerdos y en los documentos que revisó en donde intenta encontrar una respuesta a las causas que hicieron fracasar la defensa del territorio nacional. Nuestro autor está convencido del patriotismo que movió a los protagonistas de la lucha armada, en la que se comportaron con valentía. Sin embargo, esto no fue suficiente para afrontar al ejército invasor, debido a una serie de condiciones adversas y a los males endémicos que caracterizaban al gobierno, al ejército y a la misma sociedad mexicana. Roa hace un llamado de atención para que el lector reflexione y no se cometan los mismos errores que ocasionaron la guerra con sus funestas consecuencias, ya que ésta

fue el doble resultado de la inexperiencia y del engreimiento de la propia capacidad, por una parte, y de la ambición que no halla freno en la justicia, y del abuso de la fuerza por otra parte.²⁵

Es evidente que la obra es también un alegato en contra de los fines y propósitos expansionistas de Estados Unidos, mismos que deja deta-

²³ *Ibid.*, t. I, p. 4.

²⁴ *Ibid.*, t. II, p. 66

²⁵ *Ibid.*, t. III, p. 338.

llados desde los primeros capítulos dedicados al tema. Analiza la vocación anexionista de Estados Unidos, y plantea cómo México, desde el inicio de su vida independiente hasta la guerra de 1847, pudo prever en diversos momentos estas intenciones. Cita la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto y señala cómo durante las negociaciones diplomáticas quedaron al descubierto las ambiciones territoriales de Estados Unidos y la delimitación fijada de antemano en cuanto a la extensión geográfica que se proponían obtener, como lo demostraron con la ocupación respectiva de Nuevo México y California, mismas que, según Roa, tuvieron un claro sentido de conquista. Reconoce en el presidente Polk a un hombre astuto y hábil, que dio a las primeras disposiciones militares un carácter defensivo, para evitar alguna oposición, pero que, una vez obtenida la declaración de guerra por el Congreso, y ocupada la capital de la República, expuso claramente lo que había planeado de antemano: “que Estados Unidos no tenía otra indemnización posible de tales gastos y sacrificios que la nueva adquisición territorial a costa de sus adversarios”.²⁶

En lo que se refiere a las negociaciones de paz, don José María hace un minucioso examen de los pasos, reflexiones y arreglos que se dieron, y encuentra que buscar la paz era la única solución viable por encontrarse el país con el ejército invasor ocupando la capital y las plazas principales de su territorio. Y, dada la falta absoluta de recursos económicos, militares y organizativos para continuar la guerra, Roa está de acuerdo con la decisión de los liberales moderados como Manuel de la Peña y Peña, José Joaquín de Herrera y Pedro María Anaya de firmar un tratado lo más honroso que se pudiera para un pueblo absolutamente vencido. Agrega que si la opinión pública ha criticado y despreciado tanto la defensa militar como el Tratado de Guadalupe, él considera que la parte lastimosa y sensible de dicho tratado consistió en los sucesos militares y políticos que lo provocaron y decidieron. En “cuanto a lo honroso o deshonroso”, opina que muchos pueblos que se hubieran visto o se vean en la situación de México en aquella época, habrían querido o querrían salvar su existencia a igual costo.²⁷

Para Roa, conservador y simpatizante de una monarquía que fuera capaz de organizar de forma adecuada y duradera al país, el federalismo no era el sistema político que convenía a la nación. Por ello culpó a dicha organización política de contribuir a la incapacidad de organización y de unión de todos los estados para luchar por una causa común. Y así, salvado su propósito de demostrar que no faltó valentía ni arrojo del

²⁶ *Ibid.*, t. I, p. 21.

²⁷ *Ibid.*, t. III, p. 319.

lado mexicano, Roa apunta y destaca que las condiciones del país, que no contaba con una organización social y política y al que invadían la

desmoralización, el cansancio y la pobreza después de veinticinco años de guerra civil, (que tenía) un ejército insuficiente, con gente forzada, y armas que eran el desecho de los ingleses, sin medios de transporte, ni ambulancias...²⁸

llevaron a los mexicanos a combatir en desigualdad de fuerzas.

Don José María sintetiza las características de los dos contendientes que predominaron durante toda la campaña y nos dice que si bien los norteamericanos eran superiores en cuanto a su armamento, es indisputable que lo eran aun más, por “la confianza de la oficialidad respecto de sus jefes”, hecho que contrasta con la situación de los combatientes mexicanos en los que “el valor y la decisión eran iguales o superiores, mas la mutua confianza no existía entre jefes y oficiales y el armamento era antiguo y defectuoso...”²⁹

El principal protagonista del ejército mexicano es Santa Anna, y aunque Roa trata de rehabilitar su imagen o bien comprender su forma de actuar, resultan inútiles sus esfuerzos y su buena fe al dejar constancia de los errores, desaciertos, contradicciones y caprichos con los que el general en jefe dirigió al ejército en combates en los que se podía prever el fracaso. A pesar de encontrar en Santa Anna una serie de cualidades, que lo hacen salir en su defensa, el autor no puede explicar lo que le impulsó a actuar en la forma en que lo hizo, en las batallas que se dieron en las cercanías de la ciudad de México, en donde la acción estuvo llena de repetidos errores y confusiones. Reconoce, como en otras ocasiones, la falta de responsabilidad del general en jefe en acciones como las de Chapultepec y Molino de Rey, y al dejar que el lector juzgue a través de dos o varios puntos de vista sobre un mismo hecho, es evidente que la figura de Santa Anna no sale bien librada, ni como militar, ni como presidente. Juzga injusta la actitud de éste al culpar de cobardes a los defensores de Chapultepec, así como las acusaciones que hace al general Bravo, o a Xicoténcatl para justificar sus errores. Y continúa enumerando la serie de desaciertos del general hasta su salida del país rumbo a Jamaica. Aun así escribe: “cualesquiera que hayan sido sus errores y faltas, la historia (lo) colocará en el honroso puesto de primer batallador de México en la campaña de 1846 a 1848”.³⁰ En el último capítulo del libro, además de expresar con insistencia su obse-

²⁸ *Ibid.*, t. III, p. 341.

²⁹ *Ibid.*, t. I, p. 72.

³⁰ *Ibid.*, t. III, p. 184.

sión por el peligro que representaba Estados Unidos aún en esos años, hace un resumen de los acontecimientos que le sirven para desahogar sus temores y explicar su posición política durante la invasión francesa. Como muchos otros, Roa vio en la llegada de un monarca extranjero la única posibilidad de acabar con la inestabilidad y las guerras internas del México independiente y, sobre todo, un freno para contener la fuerza avasalladora de Estados Unidos, que representaba para él un peligro constante en la conservación del país y la nacionalidad. Por ello justificaba su actitud, asumía su responsabilidad y aceptaba:

no obstante las espinas, los peligros y hasta repugnancia naturalísima en la injerencia de extraños en los asuntos propios, un gobierno que, ajeno a nuestros odios y rencillas, hiciera reunir la justicia y la paz, abriera y aprovechara nuestros todavía veneros de riqueza, y agrupara y organizara las fuerzas vivas de México para salvar su nacionalidad que los partidos todos consideraban, no sólo amenazada, sino también casi perdida.³¹

Con el retiro de las fuerzas francesas y la muerte de Maximiliano, Roa ve a Estados Unidos como una nación fuerte a la que nadie se le puede enfrentar y que “extiende a todas partes sus innumerables brazos como un pólipo gigantesco, que aspira a ‘amarrar al remo de sus naves’ los destinos de los demás pueblos americanos”.³²

Continúa Roa su reflexión, y en ella dice que si la Doctrina Monroe ya no es aplicable contra ejércitos, ni tronos, Estados Unidos la invoca contra el comercio europeo en México, y ante la clara determinación que tiene para tener la supremacía en lo económico en todo el Continente Americano, al punto de controlar la empresa de comunicación interoceánica de Lesseps, don José María agrega con sarcasmo, “sin duda por lo que uno y otra puedan tener de monárquico”,³³ y se pregunta: “¿Quién —a no contar con la intervención favorable de la Providencia— podrá pensar con ánimo sereno en el porvenir de México?”³⁴

Cuando Roa escribió su libro, el presidente de la República era Manuel González, quien se vio obligado a aceptar el paso recíproco de las tropas para la pacificación de la frontera, y la construcción de las líneas de ferrocarril de México que unirían al centro con la frontera norteamericana. Estos hechos levantaron en muchos grandes sospechas, y desataron una yankifobia fuertemente representada por la prensa católica que atacaba constantemente la introducción del capital

³¹ *Ibid.*, t. III, p. 349.

³² *Ibid.*, t. III, p. 350.

³³ *Ibid.*, t. II, p. 89.

³⁴ *Loc. cit.*

extranjero y veía una constante amenaza en cualquier declaración política, lo que acarrearía enormes tormentas periodísticas. Por eso no es difícil suponer que el tema de la guerra con Estados Unidos volviera a ser motivo de interés para Roa, y se propusiera advertir de alguna manera el peligro que seguía suponiendo la “potencia del norte” para México. Ya que para él, aunque los medios de los que se valía Estados Unidos habían cambiado, porque tenía suficiente territorio para poblarlo durante muchos de los siguientes años, la tendencia del gobierno norteamericano era, en ese momento, la de tener vigilado a México, sin proporcionarle los medios para su engrandecimiento. En esos momentos, su temor se centraba en una ocupación económica que acaparara la producción industrial, agrícola, minera y comercial de nuestro país, porque pensaba que, al no poder detener el avance de la modernidad y las “locomotoras del progreso humano”, por su propia riqueza y situación geográfica, México podría perder su nacionalidad y hasta “las razas que la pueblan”. Aceptaba que esta idea pudiese ser tenida por “hija de un pesimismo absurdo”, pero, aun así, aconsejaba que se estuviese preparado en todo caso, “porque si hay realidad de peligro debemos tratar de conjurarle o disminuirle”.³⁵

Don José María había aceptado las nuevas circunstancias del triunfo del liberalismo, y no volvió a ejercer el periodismo político. Su libro fue un intento sutil y efectivo de hacer una última llamada de atención ante la expansión económica norteamericana con riesgo de perder hasta la nacionalidad mexicana. Esta llamada de atención no cayó en “saco roto”. El mismo año en el que se publicó la obra, Vicente Riva Palacio hacía el siguiente comentario:

Entre nosotros Roa Bárcena ha comprendido perfectamente el espíritu y la tendencia de la Historia moderna: notable es su obra intitulada *Recuerdos de la invasión norteamericana en México*, y el último capítulo de ese libro merece de parte de los mexicanos una profunda atención y una meditación muy detenida.³⁶

Este libro de carácter histórico es, sin duda, la obra de Roa Bárcena que mayor trascendencia ha tenido. *Recuerdos de la invasión norteamericana por un joven de entonces (1846-1848)*¹⁸ se ha convertido en una fuente imprescindible para el estudio de la guerra con Estados Unidos por lo detallado de sus descripciones, por la visión que presenta de los acontecimientos y por la consulta minuciosa de las muchas y varia-

³⁵ *Ibid.*, t. III, p. 354-355.

³⁶ Cero (seudónimo) Vicente Riva Palacio, *Los Ceros. Galería de contemporáneos*, prólogo de José Ortiz Monasterio, México, Promexa, 1979, p. 375.



das fuentes que tuvo oportunidad de revisar, además de la medida de su estilo literario que no lo deja caer en exageraciones al juzgar tanto a los protagonistas como a los hechos que se sucedieron. Con sus *Recuerdos de la invasión norteamericana*, Roa Bárcena pasa a la historiografía mexicana como un clásico en el estudio de este episodio de la vida nacional. Conservador, religioso, monárquico en su momento, deja una obra que no envejeció con el tiempo, que le sobrevivió y le ha dado, sin que se lo hubiera propuesto, presencia y renombre de historiador, muy por arriba del que obtuvo con su obra literaria a la que dedicó toda su vida.